

# Capítulo 39 - Luces Pálidas

- [Capítulo 39 - Luces Pálidas](#)

# Capítulo 39 - Luces Pálidas

Maryam despertó a mitad de pasillo, lo cual fue de gran ayuda.

A pesar de estar aturdida, pudo tropezar hacia adelante apoyada en su lado, lo que representaba un notable progreso respecto a que la llevara a cuestras. Tristan había estado preocupado por ella; ser noqueada raramente significaba el fin de sus problemas, pero aunque le costaba enfocar los ojos, su mente parecía intacta. Bastante, al menos, para insultarlo, lo que él interpretó como una buena señal.

— Me llevaste tú — repitió Maryam con dudas —. ¿Tenías acaso un carromato a mano?

Tristan la miró con dureza. No era tan delgada.

— Aún puedo dejarte atrás — amenazó.

— Pero entonces, ¿quién te atraparé cuando saltes desde un acantilado por tercera vez? — le replicó ella.

— En realidad fue más una caída esta vez — discutió él —. Y no, bajo la definición más estricta, una-

— Si tienes aliento para hablar — interrumpió Yong desde adelante —, corre más rápido.

El anciano no se encontraba bien. Estaba apenas unos pasos por delante de ellos, aunque Tristan ayudaba a alguien. Había un agujero en la parte trasera de su capa, por donde vasanti le había disparado, quizás a una pulgada del costado de la columna vertebral — era un agujero irregular y rojo. El ladrón no podía distinguir claramente con la capa puesta, pero pensaba que tal vez alcanzaba lo bastante alto para poner en riesgo un pulmón.

¡Dioses! Que no le haya atravesado un pulmón. Eso sería una muerte horrenda.

El suelo volvió a temblar bajo sus pies, recordándoles que la ira de Yong no era infundada. Una mirada hacia atrás le mostró que la sala cavernosa en la cima del pilar seguía allí, pero ¿por cuánto tiempo más? Tarde o temprano, el peso la hundiría, como una lanza clavada en el corazón del Fauce Roja. Cortando el silencio, ambos siguieron tras Yong lo mejor que pudieron.

Fue una carrera apretada, pero cuando el pasillo detrás de ellos se quebró como una rama, no cayeron con él. Habían avanzado lo suficiente, aunque Tristan sabía que no debía detenerse. Tan solo había vislumbrado el regalo de los demonios y no iba a detenerse en el pilar que se clavaba hacia abajo: sin esa estructura funcionando como soporte, toda la cima de la montaña se desplomaría hacia adentro.

Sería mejor que no estuvieran allí para destruirse con ella.

Era una situación extraña, esa carrera hasta el final del pasillo — por un lado, el miedo — y la nube de polvo tras ellos — los mantenía alerta y atentos, con la muerte siempre latente acechándolos. Por otro, la longitud del pasillo era una monotonía implacable. Todo era piedra desnuda bajo una luz tenue, sin fuente aparente, perfectamente simétrica y completamente vacía. Esa visión que arrulla y adormece.

El ladrón notó que su mirada se desviaba en tres ocasiones, buscando esquinas y ángulos, y pensó que quizás se estaba cansando, hasta que comprendió la verdadera razón: buscaba a Fortuna. No había ni rastro de ella, ni apoyada contra una pared sonriendo con suficiencia, ni manteniendo el ritmo con él en su vestido rojo. Ella simplemente había desaparecido. Tristan sintió que su respiración se acortaba, una sombra de miedo lo aprisionaba de la garganta.

— Tristan.

¿Qué pasaría si ella no regresaba nunca? ¿Y si la forma en que tensó el contrato la había matado? Ella era una diosa menor, casi olvidada, y si él había extraído demasiado de ella, quizás había...

—Tristán—susurró Maryam—Concéntrate, casi hemos llegado. Estaremos bien.—

El ladrón volvió a sí mismo, con la espalda empapada en sudor frío, y se mordió el labio con tanta fuerza que le brotó la sangre. El dolor lo centró, lo mantuvo presente aquí y ahora. No podía pensar en esto, en cómo quizás había perdido a la única persona que nunca se había marchado, que no podía morir —no podía pensar en ello.

Maryam tenía razón, casi estaban al final del pasillo. Por todas partes, la piedra temblaba; el pasillo lejano se desmoronaba, cubierto de polvo y suciedad que nublaban la vista, pero no el estruendo ensordecedor. Delante de ellos, esperaba una puerta de hierro lisa, y Tristan solo podía rezar para que no estuviera cerrada, porque si lo estaba, quizás ellos morirían allí mismo. Yong fue quien la alcanzó primero, y aunque no había una perilla para empujar, al tocarla la puerta comenzó a abrirse sola, deslizando hacia la pared.

Era una visión desconcertante, aunque no lo suficientemente como para impedirle refugiarse en la habitación más allá de la puerta.

Al seguir a Maryam, descubrió que la habitación no era más que una antecámara adornada, con estanterías vacías en las paredes y dos puertas laterales que conducían a otros pasillos. Pero lo que realmente importaba era la gran puerta, que medía el doble de largo que de alto, cubriendo toda la pared trasera de la habitación. Sobre ella, había amplias franjas de criptoglifos en el suelo, ahora incomprensibles desde que Francho había muerto. Los dientes de Tristan apretaron.

Había sido una muerte rápida, se decía a sí mismo.

—Debe llevar al exterior—comentó Yong, observando el muro de la puerta mientras jadeaba. —No había nada al final del pasillo en la proyección que vimos.

El techo sobre ellos vibró suavemente, extendiendo un leve temblor en el silencio.

—No podemos pasar mientras haya un deslizamiento de tierra—dijo Tristan—. Tendremos que esperar.

El Tianxi frunció el ceño.

—¿Y si el deslizamiento bloquea la puerta?—preguntó Maryam.

—Entonces intentaremos con otro de los pasillos—contestó ella—. Aún no estamos sin opciones, Yong.

El veterano apartó la vista.

—Supongo que no—dijo.

Tristan aclaró la garganta.

—Si vamos a esperar, me gustaría revisar tu herida—propuso.

El Tianxi se dio vuelta, con expresión fría.

—Estoy bien para moverme—dijo—. No es necesario.

Nunca antes Yong había rechazado esa oferta. El ladrón sabía por qué ahora sí lo hacía— aunque mucho había ocurrido desde entonces; la conversación en la cima del pilar todavía estaba fresca en su memoria. La irritación ascendió.

—El desprecio no detendrá tu sangrado—respondió con frialdad—. Pero si la santidad es la cima en la que quieres morir, por mí no desperdicies las vendas.

Casi hizo un gesto de incomodidad tras decirlo, viendo cómo se tensaba la expresión del otro hombre, pero no apartó la vista. No era la forma correcta de manejarlo, y si no estuviera tan cansado, quizás habría encontrado una manera más elegante, pero Tristan ya había sido bastante brutalizado por su día, así que no le importaba mucho. Peor aún, tenía la sensación de que el polvo de amapola empezaba a desvanecerse.

El dolor sordo en todo su cuerpo era una señal clara.

—¿Preferirías tú escoger la colina por mí?—replicó Yong con la misma frialdad—. Esa parece ser tu diversión preferida.

— Está bien, eso es suficiente —dijo Maryam, interponiéndose entre ellos con una expresión cansada en su rostro—. Tristan, dejaste a todos en la incertidumbre hasta el último momento con respecto a tu verdadero plan. Tiene todo el derecho a estar enojado.

Una pausa, luego sus ojos se encontraron.

— Yo también —confesó con franqueza—. Este no es el momento ni el lugar para que tengamos esa conversación.

Sus labios se fruncieron. Si Francho no hubiese sido asesinado, ¿alguno de ellos siquiera...? Maryam se volvió hacia Yong con un poco más de compasión, pero solo eso.

— Sabes que él nunca nos ha atacado a ninguno —afirmó con indiferencia—. Es infantil pretender que intenta hacer algo más que evitar que te desangres. Aún puedes enojarte después de que él te ayude —yo lo estoy—.

— No entiendes —dijo Yong.

— Tampoco entenderías si una bala te atravesara la espalda —replicó ella con dureza—. Necesitas atender esa herida, y solo uno de nosotros sabe cómo hacerlo.

Era difícil discutir con eso, aunque Yong parecía querer hacerlo. En un silencio ligeramente sombrío, comenzaron la evaluación. Yong dejó su abrigo y ropa en el suelo, desabrochándose hasta la cintura, y se recostó sobre su abdomen sobre el abrigo. De rodillas junto al hombre mayor, Tristan enjuagó sus manos en alcohol y se inclinó cerca. El Tianxi estremeció cuando una gota de bebida cayó sobre su espalda.

— Frío —susurró Yong.

Tristan no respondió, con el rostro fruncido en señal de preocupación. No estaba tan familiarizado con las heridas de bala como con las cortadas o golpes —había trabajado como asistente de un cortador, no bajo un cirujano militar—, pero sabía que no estaba frente a una herida de tipo favorable. Si hubiese sido una mosquetera en lugar de una pistola, Yong habría muerto. Buscando un paño en su bolso, lo empapó en alcohol y, después de limpiar la herida, empezó a revisar la profundidad de la lesión. El gemido de dolor de Yong, tembloroso, fue ignorado.

El ladrón se detuvo casi de inmediato, emitiendo un sonido de sorpresa.

— ¿Tristan? —balbuceó Yong—. ¿Qué pasa?

El hombre de ojos grises hizo una mueca.

— Tendré que palparte las costillas —dijo—. Va a doler.

Yong lanzó una maldición.

— Dame la botella —dijo—. Yo —

— Ya estás borracho —interrumpió Tristan con severidad—. No voy a dejar que sigas envenenando tu sangre, te vas a matar.

— Mierda —susurró Yong, inhalando profundamente—. Hazlo.

Se obligó a no escuchar los sollozos del hombre mientras palpitaba sus costillas, presionando la carne lo suficiente para sentir la falta de elasticidad debajo —Yong gritó—. Tristan retiró sus dedos rápidamente. Ya había aprendido lo necesario.

— Has sido —dijo Tristan—, extremadamente afortunado. Pero aún puede matarte.

Maryam le levantó una ceja.

— Bueno —dijo—, supongo que hay una razón por la que no estás a cargo de la moral aquí.

— No estoy muy seguro de que él debería estar al mando de la medicina tampoco —gimió Yong desde el suelo, apoyando la frente en su abrigo—.

Permaneció así unos instantes, dominándose, y luego levantó la cabeza de nuevo.

— Está bien —dijo el Tianxi—. Cuéntame.

— Cuando Vasanti te disparó por la espalda, te alcanzó una costilla —explicó Tristan—. Por eso no tienes aún un agujero en el pulmón.

— Quizá tendríamos que reconsiderar tu concepto de suerte —observó Maryam.

—No,—disentía Yong en voz baja—Tiene razón. He visto a hombres recibir disparos en el pulmón; esto fue pura suerte. Ahora, dame las malas noticias.—

—El impacto rompió una costilla tuya y al menos uno de los pedazos grandes se desprendió,—dijo el ladrón,— Tendría que abrirte para estar seguro, y eso probablemente te mataría aunque fuera un verdadero médico, pero creo que ahora mismo la bala es lo que impide que ese fragmento apunte directamente a tu pulmón.—

Maryam no tuvo nada agudo que agregar a eso. Yong tragó saliva.

—¿Qué puedo hacer?—

—Nada,—respondió Tristan con sinceridad,—Si te llevamos a un cirujano del Cuerpo de Vigilantes en Tres Pinos, podrán extraer la bala y el fragmento desprendido, pero intentar lo mismo aquí con un cuchillo sería como...—

Las únicas palabras que se le ocurrían sonaban demasiado leves, demasiado burlonas.

—Sería más amable usar el cuchillo para degollarte, dejemos ahí la cuestión.—

El veterano asintió lentamente.

—¿Cuánto tiempo me queda?—

La calma, pensó Tristan, era lo peor de todo. Yong tenía una expresión casi serena en su rostro, como si la idea de morir no le afectara en absoluto. Como si lo único en lo que estuviera pensando

fuera en el cronograma, en los detalles de las órdenes de ruta hacia su tumba. Quizás era el conocimiento de la muerte, pensó Tristan. Ese viejo amigo caminaba entre todos los hijos del Manto, pero ninguno de ellos lo sabía como lo haría un soldado. Alguien que había visto extinguirse cien vidas en un instante, borradas por una ola de humo y plomo. Tal vez no era tan aterrador cuando habías visto tanto de eso.

De algún modo, no podía creer del todo en esa tranquilidad.

—No puedo decirlo,—admitió Tristan,—Dependiendo de cómo se rompió la costilla, ese pedazo podría estar encajado con fuerza en su lugar o quizá esté a punto de soltarse. Podrían ser horas, días o incluso un año.—

El ladrón relamió sus labios.

—Evita moverte demasiado rápido y no te quedes en el torso, ese es el mejor consejo que puedo darte.—

Su mirada se apartó de los Tianxi cuando alcanzaba su mochila.

—Le vendaré,—agregó,—Eso tal vez ayude un poco, y debemos evitar que esa herida se infecte durante el mayor tiempo posible.—

Que la herida se infectara podría matar al otro hombre antes que la pieza de costilla. Yong bajó la cabeza y no dijo nada más.

Ninguno de ellos habló, esperando en silencio a que pasara el último estruendo desde arriba.

—

La última puerta de hierro se abrió al tacto, ambas partes huyendo hacia la pared—aunque una quedó atascada a mitad del paso, un engranaje de metal quejarse estridente al tratar de forzar la abertura y romperse en el proceso.

A pesar del peligro que ese sonido les había provocado, salieron apresuradamente hacia la pequeña cueva natural más allá de la puerta. La pared de hierro se cerró tras ellos, salvo por la parte que había quedado atorada. La linterna de Yong mostró un viejo pozo de fuego, algunos carbones brillando en las paredes junto con palabras en un idioma que Tristan no reconocía. Al menos uno de ellos era un nombre, pensó, escrito sobre un dibujo bastante obscuro de un hombre empuñando su falo hacia las nalgas de un airavatan.

—Encantador,—dijo Maryam con sequedad.—

—No ha sido usado recientemente,—dijo Yong, fijando la vista en el pozo,—aun así, parece que estos hollows conocen este lugar.—

Tristán se retiró para apoyar su mano en la reja de hierro, confirmando sus sospechas al no mover un centímetro. Solo se abría desde el interior, entonces. Los vacíos nunca habían penetrado en el

pilar. Para cuando regresó, los otros dos ya se habían ido, dejando la cueva y deteniéndose en un saliente justo afuera de ella. Tristán los acompañó, inhalando la escasa brisa con una sonrisa, mientras bajaba su tricornio. Sobre sus cabezas brillaban las luces veladas del firmamento, estrellas frías e inmóviles. Habían logrado salir.

Por un largo momento permanecieron allí, saboreando la simple verdad de eso.

Tristán fue el primero en moverse. Su mirada descendió hacia abajo, donde se extendía un gran bosque oscuro; en su corazón, había un anillo de luz, situado hacia el noreste. El resplandor era lo suficientemente pálido como para que debiera tener un Resplandor. ¿Algún tipo de puesto de vigilancia? No era el único que comenzaba a observar: Yong dejó escapar una suave Maldición en cantonés.

“Parece que no llegaremos al santuario,” comentó el Tianxi.

Su salida del monte estaba frente a la fortaleza de los Vigilantes, al otro lado, pero no era necesario, ya que incluso desde donde estaban podían ver las secuelas de un enorme deslizamiento de tierra que había bajado esa pendiente. La fortaleza de la capa negra estaba en esa misma dirección, todos lo sabían, lo cual no era nada prometedor. Al sentir la mirada de Yong volverse más fría al volver hacia él, Tristán levantó las manos en señal de protesta.

“No podemos asegurar que el lugar haya sido sepultado,” dijo. “Y aunque lo estuviera, Wen me dijo que tienen una bóveda debajo. Probablemente exista un pasaje oculto que puedan usar para salir del aprieto.”

“Será mejor que esperes que así sea,” dijo Yong. “De lo contrario, podrían dispararte en Tres Trigales.”

Tristán no fue quien provocó el colapso, pero no le apetecía culpar a Maryam.

“Vasanti fue la causante de todo esto,” afirmó en su lugar. “Nos obligó con la pistola a activar la trampa que los diablos dejaron por su obsesión con controlar el dispositivo Antediluviano.”

Yong pareció incrédulo y sintió la mirada azul de Maryam sobre él. Ella no dijo nada, aceptando tácitamente su versión de los hechos. Como los Tianxi habían estado ausentes durante la mayor parte del enfrentamiento con Vasanti, potencialmente inconsciente, no estaba en posición de cuestionar la historia.

“No importa,” dijo Yong. “Incluso si logran escapar, no los encontraremos en la oscuridad. Lo más probable es que se dirijan a Tres Trigales.”

La guarnición en el extremo norte de la isla, pensó Tristán, y seguramente allí terminaría la Prueba de las Hierbas.

“O a ese lugar,” señaló, mirando el anillo de luces en el bosque a lo lejos. “Sarai, ¿qué decía el mapa sobre ese sitio?”

“¿Sarai?” preguntó suavemente Yong. “Y aquí pensaba que su nombre era Maryam.”

Tristán hizo una mueca. Maldición, ¿había permitido que se le escapara durante el caos en el interior, no? Le lanzó una mirada de disculpa a su amiga, que ella desestimó con un gesto de mano.

“También puedes llamarme Maryam,” le dijo a los Tianxi. “Aunque me gustaría que ambos usaran Sarai delante de los demás.”

Recibió los asentimientos que buscaba y luego suspiró.

“Y el mapa no especificaba qué es ese lugar,” afirmó. “Pero sí estaba marcado, y un camino que atraviesa el bosque y que finalmente llega al puerto pasa por allí. No tenemos nada que perder con echarle un vistazo.”

“Si es un puesto de vigilancia, podrían tener un cirujano,” le dijo Tristan a Yong. “Dado lo lejos que está el puerto, parece nuestra mejor oportunidad para mantener tus costillas alejadas de tu pulmón.”

Un poco explícito para su gusto, pero eso seguramente recordaría al hombre lo peligroso que era cada paso que daba.

“parece la opción más prudente,” dijo Yong. “Si hay cloaks negros allí, también tal vez podamos descubrir qué se supone que debe ser la Prueba de las Malezas.”

“Entonces, está decidido,” dijo Maryam. “Pongámonos en marcha antes de que el resto de esta montaña nos aplaste.”

“O peor aún,” estuvo de acuerdo Tristan con fervor. “La teniente Wen me advirtió sobre cultistas en esta zona, son los peores de todos.”

Sería una suerte que la avalancha se hubiese encargado de eso por ellos, así que se sentía con la mejor fe de apostar por lo contrario.

--

Yacían restos de lo que los Ante-diluvianos debieron de usar alguna vez para subir y bajar la montaña, una especie de máquina semi-enterrada cuyas afiladas y brillantes púas surgían de la tierra. Ninguno de ellos tendría idea de cómo hacer que funcionara tal aparato—si es que aún funcionaba—por lo que en lugar de eso, descendieron por el camino tradicional. Claramente, tenían campamentos en la cueva en ocasiones, así que solo tenían que encontrar el sendero que usaron para llegar hasta allí.

Resultó ser un sendero de cabras bastante simple, serpenteando por la ladera de la montaña, estrecho y aún más empinado cuando el primer derrumbe había desprendido rocas sueltas. Tristan no era ajeno a las alturas, pero aún así caminaba con cautela, porque un traspie aquí probablemente sería suficiente para matarlo. Durante casi una hora, descendieron, ampliando el

camino conforme se acercaban a la base, hasta que finalmente pudieron dejar de lado el sendero angosto por un momento.

Habían escuchado la cascada mucho antes de verla. Escondida en la ladera de la montaña, arrojaba al final de un río que salía del laberinto hacia el resto de la isla. Había un paso por el agua, un sendero de piedras afiladas y sobresalientes que el agua, húmeda, había hecho peligrosamente resbaladizo. Se tomaron su tiempo para cruzar, y fue precisamente esa precaución la que hizo que Tristan notara algo extraño. Frunciendo el ceño, se agarró a un lado de la piedra en la que estaba de pie e empezó a remojar la mano en las aguas espumosas.

Lo que consiguió con su esfuerzo fue un doblét rasgado.

“¿Tristan?”

“Encontré algo,” le informó a Maryam.

Levantó el doblét, empapado y brillante con la luz de la linterna, y en el borde de los rasgones se podía ver sangre. El ladrón dejó escapar un silbido bajo al darse cuenta de que no era solo que se hubiera desgarrado; era el mismo agujero en ambos lados, más o menos, por lo que parecía que estaban mirando los restos de una estocada.

“¿Ropas viejas?” preguntó Maryam, examinando más de cerca. “No pensaba que estuvieras tan necesitado.”

“He visto ese doblét antes,” dijo Tristan. “Y tú también.”

Ella parpadeó.

“Los colores,” dijo lentamente.

“Casa Cerdan,” confirmó. “Pertenía al hermano mayor, creo.”

“Entonces, hay un cadáver de un infanzón medio desnudo en algún lugar del laberinto,” dijo Maryam. “Este año no ha sido bueno para los Cerdan.”

Tristan apartó suavemente su sonrisa. Yong no había desaprobado su venganza anterior, aunque no conociera todos los detalles, pero eso fue antes de sus desacuerdos. Ahora era mejor mantenerlo en secreto. Además, pensó, ¿qué estaba haciendo Yong de verdad...

“No estaría tan seguro de eso,” exclamó el Tianxi.

Yong había atravesado todo el camino hasta el otro lado de la cascada, a la orilla de la luz de las linternas, y estaba junto a un árbol muerto. El ladrón no podía distinguirlo bien, así que devolvió el doblét al agua y se puso a alcanzarlo. Un desperdicio: era una buena tela, podría haber obtenido plata en la tienda adecuada, pero no quería cargar con más peso del que ya llevaba. Maryam dejó escapar un sonido de asombro apenas llegó a la otra orilla y Tristan pronto comprendió por qué: había huellas en el barro.

Alguien había salido arrastrándose del agua y llegado a la orilla. La verdadera sorpresa, sin embargo, estaba junto al árbol que Yong todavía estudiaba con atención. No estaba muerto como Tristan había pensado al principio. Aunque no era un experto en bosques, sabía cómo se veía un árbol muerto. Madera seca, corteza gris y reseca si es que todavía quedaba alguna. El árbol parecía más bien haber sido azotado: había leves surcos, como si un látigo delgado hubiera sido utilizado contra él, y solo en torno a esas marcas el árbol estaba muerto. El resto se veía en buen estado, sin daño alguno.

“Contrato,” dijo Yong.

“Contrato,” aprobó Maryam.

“Contrato,” concluyó Tristan.

Y no parecía ser del tipo agradable.

“Augusto Cerdan fue apuñalado por algo grande, si su doblot sirve de indicio,” afirmó el ladrón. “Me da la impresión de que pudo haber hecho un pacto - cualquier pacto - para sobrevivir a eso.”

“Si realmente fue un trato con la Boca Roja, La Guardia lo matará por ello,” comentó Maryam.

Tristan había esperado que el campeón de los oprimidos se encargara de esto por él—de verdad, Tredegar, ¿qué tan difícil puede ser acabar con alguien a quien has jurado matar públicamente en un duelo?—pero aceptaría que la Guardia se encargara si eso era posible.

“Podrían haberlo hecho,” dijo Yong, “si no estuvieran enterrados bajo varias toneladas de piedra.”

Tristan frunció el ceño. Una observación acertada, aunque con un tono algo acusatorio.

“La única salida de esta isla es el puerto de Tres Pinos,” dijo. “Seguramente revisarán antes de permitirle embarcarse, sin duda.”

“Nuestro barco debe permanecer hasta que todos los que participan en la prueba hayan llegado o se crean muertos,” afirmó Maryam. “Tendremos tiempo de informar a los negros de nuestras sospechas.”

“Si es que sobrevivimos para contarlo,” añadió Yong.

“Ese es el plan,” le recordó Tristan.

“Siempre tienes uno de esos, ¿verdad?” dijo el Tianxi.

A pesar de que el hombre sonreía, no era un cumplido. La irritación podía esperar hasta que estuvieran en un lugar más seguro, se recordó Tristan.

“El camino hacia la avanzada no se recorrerá solo,” comentó Maryam. “Pero, mientras tanto, mantengamos los ojos abiertos para localizar a Cerdan en el camino. Dudo que algo capaz de

eso—”

Indicó hacia el árbol destrozado.

“—vaya a ser muy amistoso,” concluyó ella.

Yong dudó unos instantes.

“No podemos saber con certeza si se trata de un contrato con la Boca Roja,” afirmó.

Yo querría matarlo aunque no lo sea, pensó Tristan. La versión más diplomática, “ese contrato parece peligroso de todos modos”, estuvo a punto de salir de su boca, pero no era tan ciego como para no darse cuenta de que si lo decía Yong probablemente no estaría de acuerdo. Mejor que Maryam se encargara de eso.

—Yong, es un laberinto lleno de dioses hambrientos y medio locos — dijo la mujer de ojos azules.  
— La Boca del Abismo fue la peor, claro, pero había muchas cosas allí casi igual de malas.

Tristán vio en los músculos del cuello que el veterano estaba a punto de mirarlo, así que él desvió la vista primero. Un instante pasó, y luego Yong suspiró.

—Lo justo — concedió—. No dispararé a la vista, Maryam, pero tampoco me acercaré si lo encontramos.

Un silencio incómodo se extendió después, hasta que Tristán aclaró su garganta.

—Deberíamos llenar nuestras vejigas de agua antes de seguir adelante — dijo. — Tal vez no tengamos otra oportunidad en mucho tiempo.

Unos minutos para ello y volvieron a retomar el sendero.

—

No encontraron más rastros de Augusto Cerdán en el camino de bajada, no por falta de buscar.

No se podía saber si había llegado a salir de la montaña, aunque los instintos de Tristán susurraban que sí. El hombre no habría llegado tan lejos si fuera de los que se rinden y mueren. En realidad, el ladrón respetaba ese tipo de valentía, así que como gesto de buena voluntad, trataría de matar a Augusto de pie. Siempre que no fuera demasiado incómodo, claro.

El bosque de abajo no resultaba más fácil de atravesar que el de la Prueba de las Líneas, aunque al menos el ladrón ya se había acostumbrado a tales traversías. Su ritmo seguía siendo lento. Tristán no lo había notado en la montaña, donde el temor a caer por el acantilado mantenía cada movimiento muy cauteloso, pero Yong estaba al borde de su resistencia. Su respiración era agitada y su cabello, empapado en sudor. Por un acuerdo tácito, él y Maryam permitió que el hombre tomara la delantera para marcar el ritmo. Ella sostenía la linterna, para aliviarle el peso.

El ladrón ajustó su sombrero, manipulándolo de modo innecesario, mientras debatía si debía pedir una pausa para que el Tianxi descansara. Pensó que quizás sería mejor esperar un poco más, quizás hasta llegar a la carretera. Maryam los había guiado en la dirección correcta según el mapa que almacenaba en su memoria, pero esa era la mayor precisión que podía ofrecer: hasta que no encontraran la supuesta ruta por el bosque, no tendrían una idea clara de dónde estaban realmente.

—Luces — susurró Yong de repente, con esfuerzo—. Maryam, apaga la linterna.

Ella la apagó en un instante y se escondieron tras un arbusto, mirando entre las hojas las luces que Yong había detectado. Y no era de extrañar, pensó el ladrón: había muchas. Al menos diez antorchas, aunque ninguna parpadeaba con intensidad. Huecos — pensó. Cultistas. Se acabó la esperanza de haberse topado con el otro grupo de aspirantes a los trials.

Suponiendo que hubieran salido vivos de la caída de la montaña.

Sus sospechas se confirmaron cuando las antorchas se acercaron más, y todos sus hombros se tensaron al ver cómo un grupo de cultistas de piel pálida comenzaba a reunirse en un pequeño claro un poco más adelante. Se escuchaba mucha gente hablando, y aunque no estaban lo suficientemente cerca como para entender las palabras, sí los suficientemente cerca para observar cómo se desarrollaba la escena. Dos siluetas con armaduras de malla, armadas con espadas largas, estaban encaradas en una discusión. Una hacía gestos hacia dentro del bosque, como insistiendo en irse, mientras la otra se negaba.

Ambos estaban a punto de desenfundar sus armas, y aunque lanzaban miradas furtivas al sacerdote de túnica negra que los observaba desde el fondo, ella no dijo una palabra. Tristan había tenso sus músculos al ver su rostro en la clara de la antorcha: era un rostro arruinado por cicatrices rojas, cubierto en casi toda su extensión por bocados voraces. Los demás cultistas, de los que debían ser al menos dos docenas, actuaban con extrema cautela a su alrededor, como si cualquier gesto pudiera enojarla.

“Tienen arcabuces,” susurró Yong. “Al menos diez.”

“Podrían ser más,” respondió Tristan en voz baja. “Wen me dijo que los toman de las patrullas de la Guardia.”

A ninguno de ellos les resultaba cómodo permanecer tan cerca del enemigo, pero las circunstancias no les daban muchas opciones. Tal vez si hubieran huido antes, aún tendrían alguna oportunidad de escabullirse, pero ya era demasiado tarde. No pasarían desapercibidos al tratar de escapar de los cultistas en sus propios terrenos de caza predilectos.

“Creo que uno de ellos dice que deben seguir a las personas,” dijo Maryam. “Es posible que hayan encontrado a los otros.”

“O la guarnición de la Guardia del otro fuerte,” señaló Tristan.

“Podría ser cualquiera,” murmuró Yong. “Y les gustan sus sacrificios, la Boca Roja, entonces, ¿por qué el otro se opone a ello?”

Pasó media hora antes de que obtuvieran una respuesta. Un grupo más pequeño, de cinco cultistas aproximadamente, se unió al resto, dos de ellos portando un par de pértigas de madera con alguien amarrado a ellas. Aunque estaban lejos y la luz de las antorchas parpadeaba, Tristan reconocería ese rostro deformado, incluso si la camiseta de color que llevaba debajo no lo delatará.

“¡Qué pobre desgraciado!” exclamó Yong.

A diferencia de su mayor, Tristan no logró encontrar en sí mismo la capacidad de sentir lástima al ver cómo llevaban a Augusto Cerdán entre la multitud. En cambio, su atención quedó en la camiseta rasgada, aún manchada de sangre, que revelaba la carne debajo. Y había algo... extraño en esa carne. Parecía una herida, solo que no tan profunda como debería ser —el infanzón había sido atravesado por la asta— y la carne herida lucía extrañamente fibrosa, como hilos de lana roja estirada.

Los cultistas vitoreaban al prisionero, y los cazadores triunfantes recibían elogios y palmadas en la espalda. La única expresión sombría era la del hombre protegido con armadura, quien había insistido en seguir la persecución; y en el momento en que su oscuro mirar se fijó en Augusto, el ladrón supo qué sucedería. Quería desahogar su ira, y ya tenía a su víctima designada. Los cultistas se acercaron con una mueca burlona y patearon a Cerdán en las costillas, haciendo que el infanzón lanzara un gemido de dolor.

Aquellas botas eran de cuero simple, sin armadura, pero el ladrón imaginó que eso poco podía consolar a Augusto. Algunos cultistas aplaudieron el golpe, y el hombre arrodillado en mofa no tardó en volver a perseguirlo. Dos patadas más, con el noble que se retorció de dolor, hasta que el hombre se volvió para enfrentar a la multitud y pronunció palabras en un tono hueco y menguante. Lo que dijo provocó risas.

Fue entonces cuando la mano de Augusto Cerdán se lanzó como una vívora, deslizando sus dedos dentro de la bota del cultista, y las risas cesaron de inmediato.

El hombre hueco soltó un grito terrible, surcos de sangre formándose en cada centímetro visible de piel, profundos y devastadores. Tras dos latidos del corazón, cayó retorciéndose y sangrando, y mientras el resto de los cultistas levantaban sus armas en un alboroto, el infanzón empezó a reírse en el suelo. Tristan comprendió que ya no estaba herido: ni en su rostro, ni donde había sido atravesado. Era piel lisa y saludable, aunque aún cubierta de sangre. Sus compañeros quedaron paralizados al verlo, habiendo notado lo mismo. ¿Se alimenta de los vivos?

El ladrón mordió su labio. Cualquiera que fuera lo que el Cerdán había obtenido del árbol para alimentarse, no le había sanado por completo. Solo ahora que un hombre había quedado hecho un amasijo sangrante parecía intacto. Lo que alimenta debe influir en lo que obtiene de ello, pensó Tristan. Sonaba como un contrato poderoso, ya que parecía que se requería algún tipo de pacto de carne con carne, lo que probablemente significaba que había más de lo que parecía. Ningún dios concedería tal poder sin espinas y un precio severo por aceptar.

Los cultistas se abalanzaron enojados, varios golpeando a Augusto, que seguía riendo, con la punta de su lanza o la parte plana de su espada, pero no estaban dispuestos a matarlo. Era un sacrificio. Algunos parecían discutir acerca de mutilaciones, y las hojas de sus armas quedaron al descubierto.

Entonces el sacerdote salió de las sombras, dando un paso completo a la luz de las antorchas, y un silencio profundo cayó sobre el claro.

La joven habló en voz baja, y los cultistas apresuradamente obedecieron. Augusto fue liberado de los polos y arrastrado en posición vertical, mientras la infanzona sonreía de manera salvaje al acercarse el sacerdote. Ella se inclinó hacia adelante, con el rostro tan cerca del hombre que debió de haber podido oler su aliento, antes de sonreír de repente. Le dio un suave beso en la mejilla, casi con aire de timidez, y Tristan respiró profundo. Solo que ella no gritó, sorprendiendo al Cerdan visiblemente.

El sacerdote levantó su mano, proclamando algo en un tono hueco, y después de un breve instante de sorpresa absoluta, los cultistas se arrodillaron apresuradamente ante ellos.

—Bueno —susurró Maryam—. Creo que ahora podemos dar por hecho que nuestro amigo Augusto tiene un contrato de Mandíbula Roja, ¿verdad?

--

Otra media hora les llevó a la banda de guerra continuar su camino tras aquel desgarrador acto teatral.

Augusto claramente no entendía el lenguaje hueco, pero algunos cultistas parecían conocer algo de Antigua. había muchas gesticulaciones acompañando las palabras, pero finalmente lograron entenderse. El infanzón tomó la espada y la capa del hombre encuarnado que había mutilado, sin que nadie protestara, manteniéndose cerca del sacerdote y hablando con entusiasmo mientras los hollows se adentraban más en el bosque. Los tres permanecieron ocultos por unos minutos más, por si acaso.

—Eso —comentó Tristan con moderación—, va a ser un problema.

—Probablemente no pueda curarse de un disparo en la cabeza —opinó Yong—. Solo tendría que acercarme lo suficiente.

—Eso implicaría acercarse a los hollows —dijo Maryam—. Creo que lo mejor es dejarlo en manos de la Patrulla.

—No voy a discutir eso —gruñó Tristan—. Aunque, eso sí, no estoy muy convencido de seguirlos demasiado de cerca.

—Lo mejor es darles una ventaja —concuerta Yong—.

—No pueden ser demasiado, o corremos el riesgo de encontrarnos con ellos cuando regresen —advirtió Maryam.

Ese era un riesgo que Tristan reconocía.

—¿Tienes alguna idea de hacia dónde se dirigen? —preguntó.

—En la misma dirección que nosotros —respondió con dureza—. Es seguro suponer que también están encaminados hacia el camino atravesado por el bosque.

—Entonces, rodeémoslos —dijo Yong—. Rodea su posición y toma el camino que los lleve de regreso a la avanzada.

Pareció un plan razonable, así que acordaron seguir esa estrategia. Decidieron darles una hora de ventaja con la esperanza de que avanzaran más, y Tristan se ofreció a vigilar mientras los demás descansaban. Maryam no perdió ni un momento en aceptar, usando su mochila como almohada y acurrucándose en el arbusto. Yong también lo hizo, tras algunas dudas. El ladrón se apoyó contra un árbol, con la tubería cerca de su mano, y apoyó la espalda en la corteza. La última flor de amapola se estaba desvaneciendo, por lo que al menos no corría riesgo de dormirse: era difícil imaginarse yaciendo cuando tu cuerpo y alma eran como un solo contuso gigante.

Era aburrido, mirar hacia la oscuridad y fijarse en cada hoja que temblaba, pero de todos modos era una tarea que había que hacer. Revisaba el reloj de Vanesa con frecuencia, más de lo que en realidad necesitaba. Era menos arriesgado que dejar que sus pensamientos divagaran. Cuando le echó un vistazo por décima vez, el silencio fue roto por un susurro croante.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Yong.

—Veintitrés minutos —respondió Tristan—. Queda más de la mitad, puedes volver a dormirte.

—No puedo —admitió el Tianxi—. El dolor me mantiene despierto.

Por el profundo ronquido, Maryam no parecía tener ese problema.

—No me queda nada para aliviar el dolor —dijo el ladrón—. Si te cuesta moverte, quizás tengamos que arriesgarnos a beberlo.

Riesgoso, considerando que Yong probablemente seguía sangrando por dentro, pero menos que movernos a paso de tortuga en un bosque lleno de fanáticos de Marea Roja armados hasta los dientes. El hombre mayor exhaló lentamente.

—Aún puedo soportarlo —dijo—. Al menos llegaré a la estación avanzada.

Tristan asintió, aunque no estaba seguro si el Tianxi lo veía en la oscuridad. No dijo nada más.

—¿No te arrepientes en absoluto, verdad? —preguntó Yong de repente—. De haber enviado a los guardianes a una trampa.

Tenía media docena de respuestas en la punta de la lengua, maneras de evadir la creciente enemistad entre ellos. También podría haberles advertido sobre la trampa, podría haber dicho, o Vasanti iba a matarme de otra forma, no tenía opción, o Wen me forzó a hacerlo a cambio de su protección. Grados de verdad, grados de mentira. Solo Yong le había salvado la vida. Más de una vez. Y eso solo tendría un peso relativo si la honestidad pudiera costarle la vida, pero no era así.

Por eso dijo la verdad.

—No —respondió Tristan—. Lamenté haber bajado la guardia al final, no haber pensado en vigilar la segunda puerta, pero nada más respecto a cómo se desarrollaron los hechos.

Casi podía sentir cómo la mandíbula de Yong se apretaba.

—Convertiste a esos hombres en una distracción —dijo el Tianxi—. Tan sacrificados como hayas hecho.

—Esto no es Diecai, Yong —dijo cansado—. No soy tu general fanfarrón que lanza a los reclutas a la batalla por una victoria: lo hice así porque pensé que ese plan era el que tenía más probabilidades de que pudiéramos salir con vida.

—No, Tristan —repitió Yong en voz baja—. Sabes que eso no es cierto. Es por eso que me mantuviste en la penumbra hasta que fue demasiado tarde. Elegiste ese plan porque era el que tenía más posibilidades de que sobrevivieras. Existían otras opciones, opciones que quizás yo habría elegido si hubiese sabido. Pero eran simplemente más peligrosas para ti.

Y esa era la verdad, Tristan lo sabía. Había forzado a Wen a actuar porque no confiaba en que el teniente lo protegiera contra Vasanti de otra manera. Y también sabía que podría haber intentado vender la exigencia de Wen —la destrucción del dispositivo— a Vasanti a cambio de un paso seguro a través del pilar. Eso lo habría puesto en riesgo, pero la anciana nunca mostró hostilidad contra el resto de su tripulación, por lo que seguramente estarían a salvo. Todo el peligro recaería sobre él.

Habían habido otros movimientos, otros trucos que intentar, pero no los había considerado en serio porque Yong tenía razón. Eran más peligrosos para él.

—La mordida hambrienta, el arrebato desesperado, la lucha acorralada —citó suavemente Tristan, mirando hacia arriba, a la sombra del dosel oscuro—. Soy lo que soy, Yong.

Y no se arrepentiría de ello. Hubo un largo silencio.

—El miedo puedo perdonarlo— finalmente dijo Yong—. Todos llevamos un poco de esa piel del diablo. Pero tú me has puesto de su lado, Tristan.

No necesitó preguntar quiénes eran. La idea, sabía el ladrón, no era un nombre, un lugar ni un título. Era una concepción: las personas que trazan los planes que envían a otros a morir, que te hacen atravesar un campo hacia la muerte sin que signifique nada en absoluto. Esos eran a quienes Yong realmente quería eliminar en la República, cuando mató a aquel general.

—No hay bandos, Yong— respondió Tristan con sencillez—. Al final del día, una tumba solo puede albergar a uno.

Hombres buenos, malos, amables, crueles — eso solo es pintura, un bonito color que se aplica sobre la verdad. Están los vivos y los muertos, esa es la totalidad. Cualquiera puede mantenerse fuera de la tumba mientras la suerte le sea favorable.

—Eso no es forma de vivir— dijo Yong—. Es solo una manera de no morir.

—No soy un hombre ambicioso— replicó Tristan—. Me conformaré con eso.

El veterano no dijo nada, pero el silencio no era vacío. Tristan pensó que parecía como si una puerta se cerrara. Resistió la tentación de llenar ese vacío, mantuvo la lengua callada.

—Algún día— dijo Yong—, mirarás hacia atrás en tu vida. Y ese día espero que encuentres algo más que cadáveres dejando huella en tu paso.

El soldado suspiró.

—Podemos dejarlo así— dijo—. Todo eso.

El ladrón cerró los ojos, exhalando lentamente. Desde el principio había sabido que era pura avaricia tratar de mantener con vida a demasiados compañeros. La supervivencia tiene costos, a veces en monedas menos evidentes. Sentir decepción aquí, arrepentimiento, sería una forma de vanidad.

Tristan era más vanidoso de lo que pensaba.

—

Cuando pasó la hora, empezaron a rodear por caminos largos.

Abrir del todo las persianas del farol era demasiado arriesgado, así que se aventuraron con apenas una delgada línea de luz que les guiaba en la oscuridad. Maryam, pese a sus esfuerzos, solo podía ayudarlos en medida limitada: tenía un mapa guardado en la memoria, no una brújula, y en aquel bosque infernal todo parecía igual. Sin puntos de referencia confiables, mantener un sendero curvado resultaba complicado. En dos ocasiones se desviaron, la primera para cruzar un río poco profundo y la segunda para rodear un fuerte cerro durante veinte minutos.

Avanzaron durante tres horas hasta que finalmente redujeron la velocidad al divisar unas ruinas antiguas: tres grandes pilares desgastados en una plataforma, rematados por un círculo de piedra más de la mitad destruido.

—No creo que eso esté en el mapa— preguntó Tristan.

—No— gruñó Maryam—. La mayoría de las ruinas que encontramos no estaban en él. Espero que esta isla tenga demasiadas para contarlas.

—Maryam— susurró Yong—. Apaga las luces.

Ella lo hizo sin vacilar, acercándose a él, y mientras el Tianxi buscaba refugio tras un árbol, el ladrón se escondió tras otro. Momentos más tarde, un par de cultistas emergieron de los espesos árboles de adelante: armados con lanzas, vestidos de cuero y con cabellera larga que caía hasta la espalda. Hablaban en voz alta, deambulando hasta que ambos se apoyaron en los pilares y comenzaron, Tristan lo supo sin entender las palabras, a quejarse. Esa entonación era universal.

“Problema,” susurró. “¿Darse la vuelta?”

“Creo que estamos al borde de su centinela de alerta,” susurró Yong en respuesta. “Si los pillamos en silencio, podemos avanzar directo hacia la carretera.”

Tristán reflexionó sobre ello, dudando. Su tentativa de rodear el lugar donde creían que podrían estar los cultistas probablemente los llevó más cerca del contorno de una extraña ziggurat, pero coincidía con la suposición de Yong de que su camino había sido, en términos generales, correcto. Era tentador, saber que en lugar de arriesgar otra hora dando vueltas o esperando que se cansaran, podrían resolver el problema y avanzar antes de que sus enemigos se dieran cuenta.

“¿Maryam?” preguntó.

“Si matamos a alguno, sabrán que estamos aquí,” susurró ella. “Pero creo que el riesgo vale la pena — claramente están esperando algo, si es que hay guardias. Tal vez hayan campado.”

Tristán no estaba tan seguro de que estuviesen preparando un campamento — los abismos a menudo tenían horarios raros, desconectados de la Luz, y puede que no estuvieran en movimiento. Pero era cierto que tener guardias significaba que los cultistas ya no estaban desplazándose.

“Muy bien,” concedió el ladrón. “Los dejamos en silencio, entonces.”

Puede que ellos no prestaran demasiada atención, pero no eran ciegos ni sordos, y sus aliados en el exterior seguramente también estaban alerta. Tristán rodeó por detrás, usando los árboles como refugio hasta que el ángulo de las columnas cubrió su aproximación. Salió sigilosamente de los árboles, con pasos meticulosamente cuidadosos, y vio a Yong seguirlo de cerca — con la espada ya en mano, bajo su brazo. Controlando su respiración, el ladrón apretó su bastón de toques y lo palmeó mientras se pegaba a la columna. Entonces, levantó una mano y empezó a señalar uno por uno sus dedos, en una secuencia de advertencia.

Cuatro, tres, dos, uno —

Surgieron de detrás de la columna justo cuando una de las cultistas soltó una carcajada sorprendida por lo que su compañera había dicho. Sus ojos se agrandaron, las bocas se abrieron, y Tristan golpeó con fuerza el templo de la mujer con su bastón. Ella cayó, y él se apresuró a atraparla mientras la otra ab orígen caía en un gurgle húmedo, Yong cortándole la garganta. El ladrón bajó a la cultista inconsciente, guardó su bastón y rompió su cuello con la precisión que le enseñó la Abuela.

Los dos permanecieron allí un momento, respirando bajo el manto de estrellas, intercambiando una mirada afirmativa. Todo limpio, sin complicaciones. Tristan revisó los cadáveres y encontró un cuchillo en funda que encajaba perfectamente en su palma, escondido en el cinturón de la mujer, para reemplazar el que había perdido. Yong hizo un gesto a Maryam invitándola a unirse a ellos, y Tristan se levantó, rodando un hombro. Las contusiones de la paliza que le dio Vasanti — en realidad, golpes — aún le hacían dar pequeños esguinces, pero no era tan grave como cuando estaban recientes. En uno o dos días, estaría mejor.

“Eso fue estimulante,” dijo Maryam, alcanzándolos. “¿Deberíamos—”

Se escuchó un grito proveniente del bosque, a su izquierda, y todo se complicó cuando un cultista salió de detrás de los árboles — gritaba con una sonrisa en los labios, pero se quedó congelado al verlos. Yong sacó su pistola, pero el hollow fue más rápido: advirtió con un grito de advertencia, y otros tres de sus compañeros irrumpieron en la escena.

“Corre,” susurró Tristan.

Huyeron, perseguidos por los cultistas que vociferaban tras ellos.

Un disparo rozó la oscuridad, zumbando de lejos. Los árboles se deslizaron a ambos lados mientras corrían, y los gritos de los cultistas se acercaban cada vez más. ¿Estaban yendo en la dirección correcta? No tenía idea, y no tenían tiempo para detenerse y preguntar. Pronto, lograron ver antorchas en su rastro, demasiado cerca. El ladrón solo podía conjeturar cuántos hollows se habían unido a la cacería, pero eran demasiados para enfrentarse. Habría sido demasiado incluso si todos estuvieran sanos, en lugar de heridos y agotados.

Entonces Yong tropezó.

El Tianxi había estado ralentizando por un tiempo, con su respiración entrecortada, pero aún así golpeó la raíz a toda velocidad y cayó directamente contra un árbol. Tragándose un grito ronco, Yong rodó por el suelo mientras Tristan maldecía y retrocedía para ayudarlo a levantarse.

—Vamos—susurró el ladrón, ofreciéndole su mano—. Se están acercando—

Yong tomó la mano, permitió que lo levantaran, pero casi inmediatamente colapsó. Maldijo en dialecto Cathayano.

—Mi tobillo—dijo—. Está torcido.

Maryam se unió a ellos, observando con cautela las antorchas que se acercaban.

—¿Qué sucede?—susurró.

El rostro del anciano permanecía sereno, igual que cuando lo habían visto en el salón, al enterarse de que su vida pendía de un hilo.

—No puedo correr—dijo, luego expiró lentamente—. Deben seguir adelante. Yo los atraeré hacia mí. Les dará una ventaja.

Los gritos se aproximaban.

—Yong—dijo—. Yo—

—Hemos dicho—respondió Yong—que ya no hay nada que decir. Corre—

Y él quería discutir, insistir, pero los gritos estaban cada vez más cerca. Las antorchas brillaban intensamente en la oscuridad, presagios de la muerte. Maryam tomó su brazo.

—Tristan—susurró.

La vergüenza, se dijo el roedor, era un lujo. Traguó, asintiendo con un movimiento brusco hacia el Tianxi, y rompió a correr. Antes de partir, vio a Yong cargando su mosquete con manos firmes, y detrás de él, adentrándose en la oscuridad, la última imagen del hombre. Maryam se mantuvo cerca, corrieron uno o dos minutos. Tristan tragó saliva, obligando a su vista a mantenerse fija en el horizonte. De lo contrario, también tropezaría y quedaría atrás, como aquel otro que nunca volvió—

—Malditos—gruñó Tristan, y se volvió.

La voz codiciosa de Abuela lo reprendió: Esa avaricia podría acabar con su vida. Pero, incluso cuando Maryam gritaba desde atrás, maldiciendo también mientras corría tras él, encontró a alguien esperando en la penumbra. Sentado en una rama más arriba, con un largo vestido rojo que caía como una cortina de sangre, Fortuna sonrió con una sonrisa casi perfecta. Casi le saltan lágrimas de alivio.

—Tú—balbuceó.

—Te jugaste una carta—dijo la Dama de las Altas Probabilidades—. Ahora, lleva tu oración hasta el final, Tristan.

Tragó saliva y asintió, Maryam alcanzándolo justo en ese momento.

—Vamos a morir—le dijo.

—Quizá—contestó—.Quizá no.

Una pausa.

—Te abandonaré si la situación empeora—admitió sin rodeos.

—Agradezco que hayas venido en todo caso—respondió con igual sinceridad.

Ella hizo una mueca.

—Lo estás—dijo Maryam—. Y pensé que Song había elegido al idiota—.

A pesar de ello, ella siguió adelante.

—Vamos, todavía no han disparado, así que no saben dónde estamos—.

Las antorchas estaban cerca, demasiado cerca. Cuando encontraron a Yong, él apenas estaba a unos pasos del lugar donde lo habían dejado, apoyado contra un árbol con el mosquete en las manos. Él vio que venían, su rostro se deformó en una expresión que era esperanza, ira, y aún así ninguna de las tres cosas del todo.

—Tú—empezó—

—Cállate—intervino Tristan—. Nos atraerás a ellos. Maryam—

Ella gruñó, tomando uno de los brazos del Tianxi mientras él buscaba con la otra mano. Lo levantaron entre ambos, arrastrándolo con suficiencia tal que habría tenido que luchar para impedirse.

—No funcionará—salió de su garganta, con la voz áspera—. Ellos—

En la distancia, resonaron disparos.

Sus perseguidores dudaron. Arrastraron a Yong, avanzando lo más rápido posible. La oportunidad no debía desperdiciarse. Los persuidores comenzaron a discutir, al menos hasta que se escucharon más disparos—una docena, continuando. Una verdadera pelea. ¿El resto o la guarnición de la Guardia? De cualquier modo, bajo la mirada incrédula de Tristan, los perseguidores se detuvieron, frenaron y luego dieron la vuelta.

Hacia la batalla.

El ladrón soltó una carcajada incrédula al ver cómo las antorchas se alejaban cada vez más. Solo entonces se dio cuenta de que habían regresado a la rama donde Fortuna estaba posada, sin haberse movido ni un ápice desde la última vez que pasó por su lado. Una moneda dorada girando en el aire llamó su atención, mientras la diosa la atrapaba con destreza. Sus ojos dorados brillaban intensamente al mirarlo.

—Qué afortunado tú—, dijo la Dama de las Probabilidades Difíciles con una sonrisa.

—

Llegaron al sendero marcado en el mapa, tropezando como niños, y luego siguieron por la senda de tierra bien pisada. Por el camino no vieron a ninguna otra alma.

—

El supuesto puesto de avanzada resultó ser un pequeño pueblo rodeado de faroles, situado en medio del sendero como una plaza de espera. Eso debería haber sido un alivio, pero surgió una pequeña complicación.

—Bueno—, dijo Tristan, observando los cadáveres empalados—. Me atrevería a decir que esto no es una buena señal.

Yong resopló desde su posición entre ellos.

—Esas luces de los faroles emiten un resplandor intenso—, dijo Maryam—. Al menos no hay espectros dentro, por ahora.

—Muchos lobos cazan a la luz de un brillo pálido—, replicó Yong—. Déjenme, ustedes dos. Creo que puedo avanzar con dificultad y parecer más débil si me sostienen.

Y había personas que parecían débiles, como había visto el Tianxi. Un par de guardias se acercaron, portando mosquetes y corazas de acero sobre túnicas acolchadas. Sus yelmos eran antiguos, cubrían la parte trasera de sus cuellos, pero no se comparaban con los relicarios viejos que llevaban los cultistas. Los tres se tensaron al verlos, aunque los dos hombres seguían apuntando sus armas sin levantarlas.

—¿Eres de la Vigilancia?—, preguntó el más bajo.

Se intercambiaron miradas, y Maryam se encogió de hombros.

—Sí, lo somos—, respondió ella.

—Entonces, venga—, dijo el mismo hombre—. Los demás están dentro y cerraremos las puertas por la noche.

—¿Una trampa?—, susurró Yong.

—Si fuera así, prefiero que Tredegar sea quien luche por mí—, opinó Tristan—. Ella es mucho mejor en eso.

Suponiendo que la bailarina del espejo aún estuviera vivo, claro, lo cual no era nada seguro.

—De acuerdo—, se rió Maryam, luego se volvió más seria—. Además, quizás tengan un médico en el pueblo.

Yong gruñó su duda, pero no se opuso. Se encontraron con los guardias a mitad de camino, siendo mirados con igual intensidad que ellos observaban a la pareja durante su paso hacia la entrada.

—Un año difícil, según cuentan tus amigos—, dijo el parlanchín.

—Se podría decir eso—, respondió Tristan con facilidad—. ¿Has visto algunos?

El hombre resopló, manteniendo siempre una sonrisa que no mostraba sus dientes.

—No hace falta que seas cauteloso. Los demás ya nos dijeron que no sabes nada acerca de la Prueba de las Hierbas—, explicó—. Este pueblo se llama Cantica. Somos una colonia bajo la protección de la Vigilancia y tu última parada antes de la prueba final.

—¿Entonces, nos explicarán qué pasa?—, preguntó Yong.

El guardia se encogió de hombros.

—El alcalde te contará todo lo que necesitas saber—, dijo—. La mayoría de nosotros no conocemos los detalles.

Los guardias redujeron su paso al acercarse a la puerta, haciendo que los tres se tensaran nuevamente.

—Mientras estén en Cantica—, dijo el hombre parlanchín—, no puede haber violencia contra los que participan en la prueba ni contra nuestra gente. No permitiremos que nuestro pueblo se convierta en escenario de disputas por antiguas rencillas en el laberinto. ¿Entendido?

—Entendido—, asintió Tristan, y los demás lo respaldaron.

A unos veinte pasos, cruzaron la puerta, que los guardias se encargaron de cerrar tras ellos. El destino era evidente: una multitud se congregaba en la calle, pero no era de vecinos. Los sobrevivientes del Bluebell estaban frente a un hombre de rostro severo y vestido con ropas elegantes, que debía ser el alcalde. La cantidad de supervivientes era menor de lo que Tristan había imaginado, y al menos uno de los presentes sorprendió al ladrón.

Sonriendo de manera insolente bajo la mirada implacable de Angharad Tredegar dark, Augusto Cerdan jugueteaba con el puño de la espada que había tomado de un cultista.

Esto, pensó Tristan, iba a volverse muy complicado.